



EL PROYECTO ECLIPSE

Isidro Vicente Ortega

EL PROYECTO ECLIPSE



Primera edición: diciembre de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Isidro Vicente Ortega

ISBN: 978-84-19595-34-8

ISBN digital: 978-84-19595-35-5

Depósito legal: M-29337-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi familia, mi tesoro más valioso.
Perdón por el tiempo que os he robado.*

Todo lo que somos es el resultado de lo que hemos pensado. La mente lo es todo. Nos convertimos en lo que pensamos.

BUDA (563-483 a. C.)

PRÓLOGO

Dicen que el éxito genera soberbios, y la soberbia, necios. Amarrado encima de una mesa, desnudo y experimentando los límites del dolor soportables por el ser humano, Oleg Bogdanov comprendió al fin que era el hombre más necio sobre la faz de la tierra, pero ya era demasiado tarde para enmendarse.

«Se acabó, Oleg... Este es el final».

Con la cara desfigurada y la expresión de quien sabe que ha perdido la batalla de su vida, observó la mirada de su torturador una vez más antes de confesar. Era firme y retadora, igual que la arrogancia que le había conducido hasta allí.

En ese momento sintió una punzada de culpabilidad, un alud de remordimientos que le mortificaban mucho más que el dolor físico que estaba padeciendo, y deseó, con toda su alma, poder retroceder en el tiempo hasta el punto exacto en el que comenzó toda su deriva. Nada había tenido sentido desde entonces.

1

Oleg Bogdanov y Vasili Pávlov siempre creyeron que el cerebro humano estaba plagado de mensajes ocultos y renglones torcidos. Estaban convencidos de que detrás de cada neurona, de cada idea y de cada pensamiento, radicaba la esencia misma del ser humano y de toda su locura. Si algún día pudieran llegar a descifrar lo indescifrable, si consiguieran anticiparse a la enfermedad e ir un paso más allá, entonces los mismísimos dioses caerían rendidos a sus pies.

La estela de junio se desdibujaba en el calendario y el curso académico terminaba como solía hacerlo, llevándose consigo el anhelo de muchos estudiantes de que aquel hubiera sido un año fructífero. Oleg y Vasili, desde luego, lo aprovecharon hasta el último minuto, hasta el último aliento. Habían estado tan inmersos preparando su tesis doctoral conjunta que apenas habían tenido tiempo para nada más, y ese día tenían que defenderla con uñas y dientes ante uno de los tribunales más exigentes del mundo.

Plantados a las puertas del que había sido su hogar durante años, alzaron la vista y releieron por enésima vez la inscripción que presidía aquella venerable institución.

LA CIENCIA ES LA CLARA COMPRESIÓN DE LA
VERDAD Y LA EDUCACIÓN DE LA RAZÓN

Aquel era el lema de la Universidad Estatal M.V. Lomonósov de Moscú, y ese fue también el clavo ardiendo al que ambos se agarraron para que los muchos momentos de zozobra a lo largo de sus carreras no desembocaran en un abandono prematuro.

Al leerlo, el vello de sus cuerpos se erizó por la responsabilidad que aquellas palabras acarreaban, y el nudo que les oprimía el estómago desde hacía un buen rato les estranguló aún más hasta casi dejarles sin respiración. Apenas les quedaban cinco minutos para entrar, tiempo que aprovecharon para reflexionar y ser plenamente conscientes de lo que les esperaba dentro, pero, sobre todo, para no olvidarse jamás de cómo habían llegado hasta allí. Sus caminos no podían haber sido más diferentes.

Oleg solía etiquetarse a sí mismo como un fallo del sistema, un ser que nada más nacer ya desprendía el inconfundible hedor de la desgracia supurando por cada poro de su piel. Hijo único de una familia desestructurada de Moscú, aprendió desde bien pequeño que la felicidad era un regalo divino que había de ser merecido y deseado en la misma proporción. Por lo visto, sus padres no entendían demasiado sobre proporcionalidad, y Dios había pasado de largo por su casa sin tan siquiera dignarse a llamar a la puerta.

El indeseable que tenía por padre había sido un alcohólico y maltratador reincidente que, afortunadamente para él, murió acuchillado en una pelea callejera poco después de que cumpliera los siete años. Aquel glorioso día, Oleg hizo un brindis con la muerte y le deseó a aquel cabrón el mismo sufrimiento en su camino al infierno como descanso les dejaba como legado. Sin duda un gesto cargado de épica y de buenos propósitos para el futuro, pero no tardó demasiado tiempo en darse cuenta de que sus problemas en la vida apenas habían comenzado.

Después de eso, su madre nunca consiguió rehacer su vida en ningún aspecto. No es que fuera una optimista empedernida, eso al menos la hubiera ayudado. El problema fue que, tanto veneno inoculado durante tanto tiempo, había hecho mella en ella a todos los niveles. Poco a poco, las secuelas psicológicas y una enfermedad

neurológica incurable la fueron minando hasta el punto de dejarla postrada en una silla de ruedas y con una calidad de vida deplorable. A pesar de su encomiable voluntad de superación y del amor incondicional que sentía hacia su madre, por aquellos días Oleg seguía siendo un chiquillo indefenso cuyo horizonte se presentaba oscuro, muy oscuro. Sin embargo, un buen día, sin esperarlo, un haz de luz irrumpió entre tanta negrura y provocó que sus circunstancias se tornaran un poco más amables.

Ese haz no era otro que su abuelo, el señor Vólkov, un veterano de guerra y técnico de mantenimiento jubilado que ostentaba la condición de viudo desde mucho antes de lo que le hubiera gustado. Era un hombre recio, pero lleno de optimismo. Para Oleg, su intervención fue como un regalo caído del cielo, un acto misericordioso del que consideraba, sin ninguna duda, su único Dios verdadero. Él fue quien se hizo cargo de su madre impedida y se convirtió, al mismo tiempo, en la figura paterna que nunca había tenido hasta ese momento. No solo fue su protector y auténtico referente, sino que, además, con el tiempo, llegó a convertirse en su mayor confidente y en el único amigo que tuvo en el camino hacia la madurez.

Se podría decir pues que su infancia y adolescencia habían sido una especie de carrera de obstáculos en la que ya no recordaba cuántas veces se había caído y se había tenido que levantar, y eso le dejó una huella imborrable que acabó por moldear su personalidad de una manera muy especial.

A pesar de ello, siempre demostró ser un muchacho con una mente y una imaginación desbordantes. Llegar hasta la universidad no le había supuesto un gran esfuerzo académico, pero sí psicológico. Era enjuto, barbilampiño, con la nariz afilada como un cuchillo y con unas gafas de alta graduación detrás de las cuales se escondían dos ojos saltones y curiosos. Ese aspecto físico le había estigmatizado y colocado, año tras año, en el centro de las burlas malintencionadas de sus compañeros, hasta el punto de plantearse poner fin a su existencia en numerosas ocasiones. Tardó mucho

tiempo en aprender a gestionar todo el rechazo y el aislamiento al que estaba sometido casi todos los días de su vida, y fue precisamente su querido abuelo el que le enseñó a sobreponerse siempre a la adversidad o el que le solía arrancar una sonrisa cuando más lo necesitaba. Eso le ayudó a encauzar parte de su angustia y frustración, lo suficiente al menos para poder seguir adelante con su vida.

Durante diez años, los tres disfrutaron de una relativa armonía a pesar de las circunstancias, pero esa etapa solo fue la calma que precedió a la tempestad. En un escaso intervalo de tiempo, todo el universo de Oleg se vino abajo como un castillo de naipes. Su abuelo falleció de un cáncer de próstata en fase terminal que no le otorgó ninguna posibilidad, y, cuando aún estaba recuperándose del trance, su madre decidió que ya no quería seguir siendo un estorbo para su hijo, suicidándose una fría mañana de febrero.

Así pues, Oleg se quedó huérfano con tan solo 18 años. Sin familia, sin amigos y sin un rumbo claro que tomar. Los estudios universitarios se convirtieron entonces en el único reducto que le permitió seguir manteniendo un hilo de esperanza.

Vasili, en cambio, fue un niño dichoso en casi todos los aspectos. Sus padres eran profesores en Sérpujov, una pequeña población al sur de Moscú, y, aunque sus ingresos no les daban para grandes lujos, nunca les faltó de nada. Vivían en una modesta casa molinera con vistas al bosque en la que los días de viento las ventanas no paraban de bailotear a su son, y Vasili, preso de su inocencia, iba corriendo a refugiarse al regazo de su madre creyendo que así nunca le atraparía.

Por las tardes, después del colegio, solía jugar con sus amigos en la casa árbol que su padre le construyó, imaginando que era unos valientes aventureros y lanzándose a explorar los alrededores en busca de tesoros escondidos o restos de alguna civilización ya extinta.

En líneas generales, los años de su más tierna infancia transcurrieron entre océanos de alegría, amor y el calor de una familia uni-

da. Sin embargo, cuando tenía 16 años, Vasili comprobó indignado que, como todo en la vida, la felicidad también era efímera. El primer sábado de mayo del 2003, un desgraciado borracho al volante de un Lada invadió el carril contrario e impactó contra el coche de la familia Pávlov. Sus padres murieron en el acto, y Vasili, después de un largo periodo de convalecencia y atención psicológica, logró escapar de la burbuja de irrealidad en la que había estado instalado desde entonces, pero ya nada volvió a ser como antes.

Con un esfuerzo titánico y muchísima suerte, logró acceder a una beca de estudio del Estado para huérfanos que, al menos, le brindó la oportunidad de ser alguien en la vida, aunque era consciente de que aquella felicidad verdadera que tanto saboreó siendo niño, jamás la podría recuperar siendo ya un adulto. Su carácter risueño y extrovertido de antaño quedó hecho añicos, y su paso por la universidad no logró hacer que eso cambiara en absoluto, más bien todo lo contrario.

No obstante, Oleg y Vasili tenían también alguna que otra cosa en común. A parte de ser dos muchachos a los que el destino les había corneado de manera inmisericorde, ambos eran dos soñadores, dos mentes brillantes e incomprensibles cuya vida social se limitaba a los libros en los que solían refugiarse de su entorno.

Sus caminos convergieron en 2005 de forma casual, como suele suceder a casi todo el mundo con sus amistades más cercanas. Uno bioingeniería, el otro neurobiología y, de pronto, dos perfectos extraños que habían optado por retos académicos diferentes, coinciden en un diminuto y decadente apartamento para estudiantes becado por el Estado y se convierten, en unos pocos días, en fraternales camaradas, como si fuesen hermanos de sangre. Les gustaba pensar que su amistad era uno de esos caprichos del azar a los que no hay que buscarle ninguna lógica. Juguetones en ocasiones, crueles las más de las veces, pero con ese puntito de sorpresa que a uno siempre le deja con ganas de repetir. El caso es que, desde ese

mismo momento, ambos tuvieron muy claro que su amistad jamás podría resquebrajarse por nada, y los siete años que habían pasado desde entonces no habían hecho si no darles la razón.

Vasili miró por enésima vez su reloj, un viejo Vostok herencia de su padre, y comprobó que había llegado la hora de la verdad. Su expresión reflejaba ilusión a raudales, pero sus manos sudorosas y sus pasos dubitativos hablaban en otro lenguaje radicalmente distinto.

—¿Estás listo, camarada?

Antes de contestar, Oleg se ajustó meticulosamente las gafas al puente de la nariz y comprobó, una vez más, que no hubiera ni una sola arruga en su indumentaria. Al igual que su compañero, ese día vestía sus mejores galas: camisa de marca, americana gris y corbata negra. Pretendía aparentar seriedad y entereza, pero, en realidad, por dentro era otro flan a punto de desmoronarse.

—No estoy seguro, pero debemos dar la talla...

Justo cuando el sol alcanzaba su cénit, como si de alguna manera estuvieran sincronizados con él, ambos cruzaron sus miradas, dejaron atrás las dudas que les atenazaban y atravesaron las puertas de la entrada principal sin decir una sola palabra más.

2

El hombre que estaba destinado a morir salió de su casa con el semblante pétreo y unos ojos atentos y preocupados, arrastrando un paso tras otro con una prisa demasiado sospechosa. En el fondo, parecía como si supiera que tenía una diana dibujada en su frente, y lo cierto era que no iba muy desencaminado.

Daniel lo reconoció de inmediato. Esa manera torpe de andar y esas facciones angulosas las hubiera reconocido incluso estando en coma inducido. Era él. Era la rata. Pantalón de pana con la raya al medio, las manos encorsetadas dentro de la sudadera y una gorra negra calada hasta las orejas sobre la cual se había colocado la capucha.

«El muy ingenuo intenta pasar desapercibido...», ironizó para sí mismo. «Como si eso bastara para salvar el pellejo».

Si había un tipo de persona que Daniel Peterson odiaba más que a ningún otro, ese era sin duda el traidor, y sabía de buena tinta que Makari Lucashenco estaba a punto de convertirse en uno de ellos. Así que, como era obvio, tenía que evitarlo a toda costa. Más que nada porque Makari era un infiltrado en el FSB que llevaba dos largos años colaborando con la CIA en Moscú, y si se iba de la lengua empezaría a rodar cabezas a diestro y siniestro, entre ellas las de varios de sus compañeros y puede que hasta la suya propia de rebote. Por eso, dada la importancia de la escaramuza, Daniel procuraba mantener sus pulsaciones bajo control y su mente en blanco, a excepción de los detalles técnicos del asunto, por supuesto. Esos los tenía muy presentes.

Por suerte para él, cosa que no solía ser lo más habitual, el momento y las circunstancias que se reunían aquella mañana no eran del todo desfavorables. Su objetivo vivía en una calle estrecha y poco concurrida de la periferia en la que apenas incidían todavía los primeros rayos del sol. Eso al menos era algo, ya que facilitaría en parte la tarea de no ser detectado en los dos segundos que durara el combate. Sus dos segundos.

Apoyado en la pared del edificio contiguo, a unos veinte metros de distancia, esperaba la llegada de Makari con paciencia, aparentando descifrar un mapa de la ciudad que, en realidad, se sabía de memoria. Puro teatro. Ya eran muchos meses deslizándose como una sombra por sus calles como para necesitarlo. Aun así, debía guardar las apariencias por estricto protocolo, aunque la verdad era que no le preocupaba en absoluto ser detectado. En primer lugar, porque había tenido la sana precaución de no haberse dejado ver el rostro en ninguna de las tres ocasiones en las que había coincidido con ese tipejo —nunca le transmitió la más mínima confianza y el tiempo le había dado la razón—. En segundo lugar, porque iba debidamente caracterizado y disfrazado de alguien que no era. Y, además de todo eso, el vidrio oscuro de la cabina telefónica que tenía justo delante le ofrecía la cobertura apropiada.

Diez metros. El momento de la acción se acercaba y su cuerpo comenzó a inyectar adrenalina en sangre. Adoraba esa sensación previa al combate, más aún cuando todo estaba perfectamente calculado. Porque matar por improvisación, por arrebato, podía hacerlo cualquier energúmeno. Sin embargo, matar de forma adecuada e implacable era otra cosa. Caza mayor. Para eso se requerían ciertas aptitudes, bastante entrenamiento y una buena dosis de sangre fría; él hacía pleno.

Dos metros. Daniel respiró hondo, calculó por última vez la distancia y la velocidad a la que se aproximaba el objetivo y todos los músculos de su cuerpo se tensaron como cuerdas de guitarra. Ya estaba listo para hacer lo que había ido a hacer y asumir las consecuencias. Todas. Entonces, disimulando a la perfección, deslizó

su mano derecha dentro del bolsillo trasero del pantalón y asió con firmeza su contenido.

Todo sucedió muy rápido. El mapa salió volando por los aires y Makari, en un acto puramente instintivo, siguió su trayectoria sin percatarse de que el tipo que hasta hacía un momento lo sostenía cercenaba su garganta con una navaja de afeitar. Ni siquiera tuvo tiempo de defenderse. Cuando quiso reaccionar, lo único que pudo hacer fue tratar inútilmente de taponar la hemorragia mientras boqueaba con ansia en busca de aire, asfixiado, como un pececillo fuera del agua.

A medida que se alejaba con parsimonia calle abajo, Daniel pudo escuchar aquellos estertores asmáticos que se quedaban a medias sin poder remediarlo, unos sollozos de ira que luchaban por no ahogarse con su propia sangre, y no pudo evitar esgrimir una media sonrisa de satisfacción, de esas que se llevan dentro durante mucho tiempo pero que se tienen que reprimir llegado el momento para que no delaten.

«Una rata menos...», pensó con orgullo.

Cuando ya se encontraba a unos quince metros del futuro cadáver, Daniel se dio cuenta de que estaba jadeando, aunque más que por el esfuerzo realizado, por la tensión acumulada. Trató de serenarse y mantener el control, pero cuando echó un último vistazo a su alrededor solo tardó medio segundo en reconocer una figura al otro lado de la calle apuntándole con su arma. Un segundo entero en asimilar que estaba bien jodido.

3

Su historia era de leyenda, su imagen de postal. El edificio de la Universidad Lomonósov era una mole imponente y emblemática que rasgaba el cielo de Moscú aupándose en lo más alto de la llamada colina de los gorriones; toda una belleza anclada en un paraje espectacular. Misteriosa y austera en su decoración, sus fachadas desprendían distinción por los cuatro costados. Se construyó en 1953 cuando Stalin ordenó levantar en la ciudad siete grandes torres neoclásicas en un alarde de ostentación de cara al resto de las naciones del mundo. Eran más conocidas como los Rascacielos de Stalin o las Siete Hermanas, siendo la del edificio de la Universidad la mayor de todas ellas.

La torre principal medía 240 metros de altura y tenía 36 pisos, flanqueada por cuatro grandes alas que albergan facultades, alojamientos para estudiantes e instalaciones de diversa índole. Entre los alumnos y el personal que allí trabajaba, solía haber todo tipo de especulaciones acerca de sus dimensiones reales y su capacidad. La más extendida decía que tenía alrededor de 33 kilómetros de corredores y 5 000 habitaciones. Vasili y Oleg nunca llegaron a saber con certeza si eso era cierto, política habitual del Gobierno ruso, aunque tampoco les importaba demasiado. Lo que sí les preocupaba era lo que estaba a punto de suceder allí dentro en ese día tan decisivo para sus vidas.

La presentación de su tesis doctoral se iba a llevar a cabo en el Aula Magna, un gigantesco habitáculo con forma semicircular cuya capacidad rondaba las 4 000 personas. Popularmente era más

conocida como la Mina, ya que estaba excavada en el mismísimo núcleo del edificio central y tenía una vertiginosa pendiente de 24 grados en sentido descendente desde su entrada.

Dos minutos antes de comenzar su exposición apenas había una treintena de personas desperdigadas por el graderío, aunque, por suerte para ellos, contaban entre los oyentes con su amuleto infalible y única persona de plena confianza que habían atesorado en sus años universitarios. Irina Sokolova era la típica mujer rusa de calendario con la tez pálida, los ojos azul turquesa, unas simpáticas pecas adornando sus mejillas y una larga cabellera pelirroja que realzaba su rostro angelical. Una preciosidad eslava, sí, pero a diferencia de la mayoría de sus compatriotas su sangre parecía hervir como la de Ricky Martin bailando su *Livin' la vida loca*. Irina era diferente. Era cariñosa, magnética e indomable como un potro salvaje.

Los tres se conocieron un año atrás cuando Irina necesitaba ayuda extra con ciertas asignaturas de la carrera. El azar y la desesperación hizo que contactara con Oleg y Vasili que, por aquel entonces, se acababan de graduar y estaban dispuestos a impartir clases particulares para sacarse un dinero extra mientras realizaban su tesis doctoral.

Al principio, la relación fue un poco extraña. Irina no sabía muy bien cómo tratar a aquellos dos chicos tan peculiares; incluso, en más de una ocasión, pensó en buscar otras alternativas, pero apreciaba demasiado sus mentes brillantes y su facilidad para transmitir conocimientos. Aprendía muchísimo con ellos, y sus calificaciones comenzaron a elevarse de forma notable. Siempre le resultó fascinante el hecho de que Oleg y Vasili, que apenas eran capaces de relacionarse con nadie en casi ningún otro aspecto de la vida, podían hablar durante horas de sus respectivos campos de conocimiento y convertirse en las personas más comunicativas y didácticas del mundo. Ese empezó siendo solo un nexo de unión entre los tres, un comienzo. Sin embargo, con el tiempo, fue evolucionando de tal manera que llegó a convertirse en un vínculo sólido y con arrai-

go. Ya no solo se limitaba a las clases particulares, se trataba de una sincera amistad en la que, poco a poco, fueron intercambiando sus almas hasta llegar a conocerse en profundidad.

Durante las dos horas y media siguientes, Irina no perdió detalle de la brillante exposición que sus amigos impartieron sobre la Estimulación Magnética Transcraneal aplicada a la Esclerosis Múltiple (EM). Por lo que pudo entender, la EM era una enfermedad neurológica degenerativa que solía ir asociada, en la mayoría de los casos, con una fatigabilidad exagerada y depresión. Según ellos, estos síntomas tan específicos y tan sumamente limitantes se podrían aliviar, en gran medida, con lo que proponían en su tesis.

Exhibiendo una capacidad de cooperación extraordinaria entre dos ciencias diferentes, Oleg y Vasili habían aunado la bioingeniería y la neurología para idear un novedoso y revolucionario tratamiento no invasivo que, básicamente, consistía en la estimulación de las regiones prefrontales profundas del cerebro mediante pulsos magnéticos repetitivos. Para ello, habían diseñado una bobina electromagnética que se colocaba en el cuero cabelludo del paciente y que poseía una capacidad de penetración energética por encima de los seis centímetros de profundidad. Al parecer, la técnica era sencilla, completamente segura, inocua, con buena tolerancia y eficaz en un alto porcentaje de los casos. Claro que toda la tesis estaba basada en sus propios cálculos y en supuestos teóricos, pero, para poder llevarla a cabo, era imprescindible que alguien financiara la costosa fabricación de la bobina para experimentar con ella en ensayos terapéuticos antes de poder incorporarla a la práctica clínica habitual.

Cuando finalizaron su exposición, Irina no la supo evaluar con precisión. En primer lugar, porque ella no era objetiva por razones obvias, y, en segundo lugar, porque tan solo era una estudiante de primero de medicina que apenas había empezado a rascar la superficie de aquella densa ciencia y todas sus ramificaciones, aunque su intuición femenina y la comunicación no verbal de los miembros

del tribunal le decían que todo había ido sobre ruedas; esperaba no equivocarse. Aquellos dos bichos raros, como solía llamarles entre bromas, se lo merecían más que nadie en el mundo.

Después de que diversas autoridades en la materia les dieran sus felicitaciones y se fueran por donde habían venido, Irina bajó rápidamente del graderío con sus andares pasados de revoluciones y les abrazó hasta casi estrangularlos.

—¡Enhorabuena, chicos! Sois los mejores...

—¿De verdad te ha gustado? —Los ojos de Oleg refulgieron de entusiasmo—. ¿Crees que tenemos posibilidades?

—¿Que si tenéis posibilidades? ¡Creo que les habéis dejado de piedra!

—Eso espero...—terció Vasili—. No me gustaría pasar por este trago de nuevo. Estoy empapado en sudor y tengo la garganta como si me hubiera comido tres polvorones seguidos.

—Pues habrá que tomar un buen trago de vodka para solucionarlo. Nuestro profesor de fisiología nos dijo que, hace tres años, un tipo con esos mismos síntomas se convirtió en una bonita sirena al cabo de seis horas...

La broma le salió del alma. Como de costumbre, Irina la acompañó de esa sonrisa suya tan pícara en la que se la remarcaban dos simpáticos hoyuelos en las mejillas, como si fuesen las cicatrices por haberse pasado toda una vida sonriendo. Oleg y Vasili se partieron de risa, y eso les ayudó a deshacerse en parte de la tensión acumulada. Las últimas semanas habían sido muy duras y necesitaban de veras un respiro.

—Suenan muy bien eso del trago de vodka, pero, antes de irnos a celebrarlo como se merece, creo que este momento ha de ser inmortalizado —propuso Oleg.

—Me parece una gran idea, compañero, pero no tenemos nada para hacerlo.

—¿Quién dice que no?

Oleg metió la mano en su mochila y, para sorpresa de sus colegas, sacó una cámara de fotos Zenit un tanto destartalada.

—*Et voilà...*

Vasili e Irina se quedaron mirando aquel artillugio, atónitos, sin saber muy bien qué decir.

—¿De verdad ese cacharro va a ser capaz de hacer al menos una sola fotografía? —Vasili evidenció su escepticismo— ¿De dónde diantres la has sacado? Parece muy vieja...

—Lo parece porque lo es, camarada. Es una Zenit E con objetivo Helios 44-2 de principios de los 70. ¡Toda una belleza! La vi en un mercadillo de antigüedades y no pude resistirme, ya sabes que me encantan las antiguallas. Os aseguro que funciona perfectamente. Ahora lo veréis...

Oleg quitó el protector del objetivo y se dirigió a un operario de la universidad que, en esos momentos, se afanaba en desmontar el proyector.

—Disculpe... ¿Sería tan amable de hacernos una fotografía? —Le tendió la cámara con sumo cuidado.

—Por supuesto...

El operario, un hombre alto y desgarbado más cerca de los 50 que de los 40, la cogió y se quedó mirándola unos instantes.

—¡Es una Zenit E con objetivo Helios!

—¿La conoce? —preguntó Irina, incrédula.

—Claro que sí. Tuve una cuando era joven. Es una preciosidad, y dura como una roca. Nunca deja de funcionar, ni siquiera en el espacio —exageró el buen hombre.

—Me alegra saber que no todos los aquí presentes son unos incultos del mundo de la fotografía. —ironizó cariñosamente Oleg lanzando una mirada burlesca a sus colegas.

—Vale, colocaros... —propuso al fin el operario.

Oleg, Vasili e Irina se abrazaron y se plantaron frente a la cámara con la más sincera de sus sonrisas.

—¿Estáis listos? Allá va...

El chasquido áspero de la máquina puso en marcha su mecanismo para inmortalizar un instante muy concreto en el tiempo, aunque también desencadenó una inexorable cuenta atrás que

ninguno de los tres intuía ni por asomo. Su amistad tenía las horas contadas, pero su ingenua inconsciencia necesitaría de aquella instantánea para recordarles para siempre que lo bueno y lo malo en la vida, el yin y el yang, tan solo están separados por un simple punto de inflexión.

El disparo cruzó el aire que él acababa de ocupar hacía solo un instante, y Daniel pudo sentir el veneno áspero de la bala pasando a escasos centímetros de su oreja izquierda. «Una SR-1 Gyurza», concluyó de inmediato, la pistola preferida de las fuerzas especiales rusas y de algunos miembros de los servicios secretos. Reconocería el sonido de esa arma incluso si se encontrara en la otra punta del mundo. A cincuenta metros atravesaba una armadura corporal de clase A. Si te alcanzaba a diez metros, directamente te hacía puré; un auténtico cañón.

El primer impulso instintivo de Daniel fue parapetarse detrás del coche que tenía más a mano, uno gris metalizado del que ni siquiera llegó a reconocer la marca —tenía otras prioridades—. Ese reflejo automático le salvó de la siguiente ráfaga, y es que él, entre otras muchas cosas, era en sí mismo un engranaje bien coordinado de reflejos automáticos, los cuales le ayudaban a conservar la salud intacta y la cabeza en su sitio, que no era poco teniendo en cuenta el mundillo en el que solía moverse.

Lo que hizo a continuación fue sacar su Glock 9 mm de la cartuchera y responder a los disparos como pudo, más que nada para evitar que aquel invitado inesperado se le echara encima y le acribillara sin piedad. Y funcionó, porque ese bigardo con traje gris y la cabeza rapada reuló sobre sus pasos, sorprendido con la contraofensiva, hasta resguardarse a su vez detrás de un enorme contenedor de basura.

De repente, como por arte de magia, los pocos viandantes que transitaban por la calle se evaporaron de inmediato y esta se quedó

desierta, a excepción de dos pistoleros a punto de comenzar un duelo a muerte.

Una vez hubo comprobado que se había establecido un relativo empate técnico en la situación, Daniel permaneció unos segundos a cubierto pero vigilante a través de las ventanas del vehículo, inmóvil, calculando los efectos de lo ocurrido mientras trazaba una línea clara de acción, algo que no resultaba nada fácil dadas las circunstancias.

En ese momento, varios fognazos cruzaron su mente tan nítidos y contundentes como un rayo en mitad de la noche. La primera conclusión a la que llegó era evidente: los servicios secretos rusos también vigilaban desde la distancia a Makari Lucashenco porque, en el fondo, tampoco se fiaban de él. La segunda era que llegar a su coche aparcado a dos manzanas al este estaba totalmente descartado, al menos por ahora; demasiado lejos y demasiado fácil rastrearlo si ese tío le veía montándose en él. La siguiente deducción era que las SR-1 Gyurza contaban con cargadores de dieciocho balas, y suponía que ese tipo tendría al menos dos cargadores más guardados en su cinturón táctico. Eso eran muchas balas y mucho tiempo para escupirlas, un tiempo que sabía no tenía, lo que le conducía a la cuarta parte del razonamiento. Permanecer ahí más de dos o tres minutos significaba firmar su sentencia de muerte, ya que los disparos en plena calle atraerían a la Policía como la mierda lo hace con las moscas, algo que no se podía permitir por razones obvias. Y la quinta conclusión, y más importante de todas, era que su única salida pasaba por aplicar el principio salvaje e invariable del escorpión: mira, pica y sal de allí cagando leches. En otras palabras, debía cargarse a ese bastardo, y debía hacerlo lo más rápido posible. Era consciente de que esa táctica implicaba arriesgar en exceso, pero no tenía más remedio.

Así pues, con la cautela ralentizando sus movimientos y la respiración paralizada en su garganta, se armó de valor y asomó medio cuerpo por encima del capó delantero, como si fuera un patito en una caseta de feria. Y así permaneció veinte interminables segun-

dos, aguantando con estoicismo la tentación de volver a colocar su apreciada cabecita a salvo mientras comprobaba cómo su oponente lo observaba de refilón a intervalos muy cortos, precavido y totalmente desconcertado ante esa actitud tan temeraria.

Finalmente, cuando se sintió con la confianza necesaria, «traje gris» asomó el hemisferio derecho de su cuerpo por el lateral del contenedor, con su arma en alto apuntando directamente a su objetivo. Por desgracia para él, ni siquiera pudo llegar a apretar el gatillo. Daniel se le adelantó por muy poco con dos disparos. El primero revotó en el muro de ladrillo del edificio situado detrás. El segundo, sin embargo, lo alcanzó de lleno en alguna parte de su anatomía que no pudo precisar a primera vista. Lo que sí pudo apreciar con claridad fue cómo su cuerpo caía al suelo con estruendo, a plomo, y no haciendo aspavientos como en las películas malas de gánster.

Daniel estaba convencido de que le había alcanzado, y sabía que el impacto de una bala, si no era mortal, provocaba una conmoción inicial de la que era difícil zafarse hasta pasados unos instantes. Por eso salió de su escondrijo de inmediato y se movió con muchísima rapidez. Se deslizó de un salto por el capó del coche, cruzó la calle de tres largas zancadas, se asomó con sumo cuidado por la parte trasera del contenedor y comprobó, aliviado, que el combate había terminado. Un hombre de mediana edad yacía en el suelo con un agujero de bala en el pulmón derecho y flotando encima de un charco denso y rojizo que se agrandaba por momentos en torno a él. Su estrategia había funcionado.

El susodicho era un tipo corpulento, macizo, con pinta de derribar un muro a puñetazos si este se interponía en su camino. Después de alejar la SR-1 Gyurza de una patada y cachearle para comprobar que no portara ninguna arma más, Daniel no pudo evitar cruzar una gélida mirada con él. Con los años y la experiencia, había aprendido a leer la derrota en los ojos de la gente, y también el miedo. Sin embargo, aquellos ojos inexpresivos parecían los de alguien que no siente dolor, que no tiene miedo a la muerte.

De hecho, el muy cabrón todavía mantenía el ceño fruncido, la mandíbula tensa y los músculos crispados, torciendo la boca para mostrar su colmillo con gesto amenazante. En el fondo, supuso Daniel, lo que quería era aparentar una energía que ya no tenía, morir con honor. Por eso se negó a rematarle, a humillarle, porque era consciente de que algún día también le podía tocar a él estar en su situación. Al fin y al cabo, ambos eran dos peones al servicio reyes, dos idiotas que lo único que habían aprendido a hacer con los años era matar o morir en el intento. Así que solo se limitó a esperar unos pocos segundos y comprobar cómo la mano izquierda del moribundo se agitaba convulsa, como si el último resto de vida se hubiera refugiado allí. Cuando su respiración cesó, Daniel desapareció de allí como si de un fantasma se tratara, añadiendo así una muesca más en su navaja. Esa era la vida que había elegido.